



FELIPE PIGNA

# LOS MITOS

DE LA HISTORIA ARGENTINA

4

LA ARGENTINA PERONISTA

(1943 - 1955)



Pocos procesos de la historia argentina despiertan tanto interés, local e internacional, como el que marca los orígenes, consolidación y perdurabilidad del peronismo. Es seguramente uno de los fenómenos históricos de características más particulares en América latina y el mundo y, sin duda, uno de los que despierta mayores polémicas, rodeadas aún por pasiones, interpretaciones cruzadas y abundantes mitos, a favor y en contra.

En este nuevo libro de Los mitos de la historia argentina, Felipe Pigna recorre el apasionante período de 1943 a 1955, para develar los aspectos polémicos del movimiento político fundado por Juan Domingo Perón, las transformaciones que impulsó en el país durante sus primeros gobiernos, y la personalidad y la acción de su líder y de la figura mítica por excelencia de esta etapa: Evita, la mujer «más amada y más odiada» de la historia argentina.

En Mitos 4, Felipe Pigna ofrece una visión integral de los diversos y contradictorios aspectos del peronismo, sus protagonistas y los desafíos que enfrentaron: las relaciones con los Estados Unidos, la presencia de «refugiados nazis», los choques con la oposición y la Iglesia católica, las pujas por la redistribución del ingreso y la construcción de una «nueva Argentina», las realizaciones y las falencias. Logra así desentrañar una etapa clave de la historia argentina, no sólo para comprender nuestro pasado sino para interpretar nuestra actualidad.

*A Federico Peña, Víctor Sokolowicz, Fredy Grunberg, Guillermo Giambiagi, Ricardo Cárcova, Graciela Ocampo y Gilda Belatti, amigos de la vida, por orden de aparición.*

## Introducción

El peronismo es, sin dudas, uno de los temas más apasionantes de la historia argentina. Y en este caso, el adjetivo se aplica de manera literal, porque sigue despertando pasiones, en un país cada vez menos apasionado por la política. Trabajar el tema históricamente, desde la perspectiva y con la metodología con que lo vengo haciendo en esta colección, implica ser políticamente incorrecto, porque lo que me mueve, como en los tres tomos anteriores, es ayudar a pensar y a pensarnos históricamente, sin la pretensión de ser complaciente con nadie, ni con unos ni con otros. Pero, además, el peronismo en sí es incorrecto por definición. Llegó para poner un antes y un después en la historia argentina. Recorrer su historia es un viaje vertiginoso en el que vale la pena embarcarse —y sé que esto es muy difícil— con la menor cantidad de prejuicios posibles. En esto los lectores más jóvenes correrán con cierta ventaja.

Juan Domingo Perón fue y sigue siendo el único argentino que llegó tres veces a la presidencia. Surgido a la política en un momento clave de la historia nacional y mundial, construyó su plataforma de lanzamiento ubicando en un rol protagónico a un actor social postergado históricamente a papeles más que secundarios: el movimiento obrero argentino. Planteó una alianza de clases, imaginando que la burguesía argentina estaría dispuesta a renunciar a parte de sus privilegios para garantizar la paz social y el progreso nacional. Intentó seducirla pero fue inútil. La gran burguesía argentina, todavía mucho más terrateniente y financiera que industrial, profundamente conservadora y elitista, des-

confió de las intenciones de Perón y dejó manca la alianza planteada.

Perón debió reemplazar a la burguesía por el Estado, con todas las consecuencias positivas y negativas del caso. El Estado peronista, impulsado por Perón y Evita, significó el momento de la historia argentina de mayor transferencia de ingresos hacia los sectores populares, que accedieron a niveles inéditos de participación en la política, la salud, la educación, el consumo y la inclusión social. Este crecimiento geométrico del rol de un Estado que se transformó en benefactor y empresario, ampliando y dinamizando los servicios públicos —como los transportes, el gas, la electricidad y el agua corriente—, tuvo también su aspecto negativo en la imposición de la censura, la persecución a los opositores y el culto a la personalidad de la pareja gobernante. Son cuestiones que analizaremos detenidamente a lo largo de este trabajo, sin dejar de llamar la atención sobre la autoridad moral de ciertos críticos de los rasgos autoritarios del modelo peronista que, cuando lo desplazaron del poder, ejercieron en nombre de la «libertad» un despotismo casi sin precedentes en la historia argentina, encarcelando y torturando a miles y fusilando a decenas de argentinos. Quiero terminar agradeciendo a mis lectores, oyentes y televidentes —categorías no excluyentes sino afortunadamente complementarias— por el afecto permanente que me brindan en cada charla, en cada firma de ejemplares, cuando me los cruzo por alguna calle de nuestra amada Argentina que tengo la suerte de recorrer por ustedes y para ustedes, y me acercan desde un dibujito hasta una carta o un libro. Conversamos sobre el pasado y el presente, sobre sus logros, problemas y posibles soluciones, y me brindan un «no aflojes», un «aguante», un «muchas gracias». Este libro pretende ser, entre otras cosas, un reconocimiento a todo lo que recibo de ustedes, el fin primero y último de mi trabajo.

*Buenos Aires, octubre de 2008.*

## Los primeros octubres de Perón

*Todo lo que hagas, hazlo a propósito, o adecuadamente, para alcanzar el objetivo; hazlo acabadamente, no de manera superficial. Ve hasta el fondo de las cosas. Todo lo hecho a medias o conocido a medias no es, en mi opinión, ni hecho ni conocido en absoluto.*

Carta de LORD CHESTERFIELD a su hijo <sup>[1]</sup>

En 1895 el Estado argentino levantaba el segundo Censo de nuestra historia. La población total alcanzaba casi los cuatro millones de habitantes. En Buenos Aires vivían unas 700.000 personas, de las cuales más de la mitad eran extranjeras. La Argentina se debatía en una nueva crisis económica que encendía todos los reflejos aprendidos en sus antecesoras de 1873 y 1890. El presidente José Evaristo Uriburu estaba gravemente enfermo y el general Julio Argentino Roca, «héroe del desierto», presidente del Senado y número uno en la línea sucesoria, estaba de vacaciones en una de sus estancias en Córdoba. Mientras esto ocurría, seguramente ajena a todos estos avatares, y según la versión canónica, el 8 de octubre de aquel año, doña Juana Sosa Toledo (1875-1953) daba a luz a un niño al que llamó Juan Domingo, en homenaje a sus dos abuelos: Juan Irineo Sosa y Dominga Dutey. El General recordaría, muchos años después, que en realidad había nacido el 7 de octubre de

1893 y que su padre, Mario Tomás Perón, lo anotó como «hijo natural del declarante» con una demora de dos años.

Lo de «hijo natural» no pasará desapercibido por la vida de Perón y así pensaba al respecto:

Ese hijo no tenía padre y la ley argentina prohibía hasta investigar la paternidad del recién nacido. Pero sí se castigaba el adulterio de la mujer y ese hijo pasaba a ser un bastardo. Al padre se lo eximía de toda culpa y al hijo se le cerraban las puertas del futuro. ¿Eso era justo? Nosotros hicimos una ley que daba al hijo natural los mismos derechos que al hijo legítimo. [...] Las leyes estarán siempre hechas por adúlteros que ignoran que no hay hijos ilegítimos sino padres ilegítimos<sup>[2]</sup>.

Don Mario era hijo de Tomás Liberato Perón, senador mitrista y médico destacado durante la Guerra del Paraguay. Habría sido el primero en aplicar la vacuna antirrábica en el país y llegó a presidir el Consejo Nacional de Higiene. Mario Perón había decidido seguir los pasos de su padre; pero abandonó los estudios de medicina por razones de salud y se radicó en Lobos, provincia de Buenos Aires, para dedicarse a una pequeña producción agrícola-ganadera. Tenía 23 años cuando conoció a Juana, una muchacha de 17, «criolla con todas las de la ley», al decir de Perón, que como muchos paisanos aunaba sangre indígena y española. En 1891 nació Mario Avelino, el primer hijo de la pareja que, «no estaba legalmente constituida».

En los últimos años creció la polémica sobre el lugar de nacimiento de Perón. A la versión tradicional, que ubica su casa natal en la calle Buenos Aires 1380 de Lobos, se le opuso la afirmación impulsada fundamentalmente por el doctor Hipólito Barreiro —uno de los médicos del General en el exilio—, quien en su libro *Juancito Sosa, el Indio que cambió la Historia*, sostiene que Juan Domingo nació en Roque Pérez. Al trabajo de Barreiro se ha sumado última-

mente el libro *Perón ¿cuándo y dónde nació?*, de Oscar Domínguez Soler y Alberto Gómez Farías, publicado por la Universidad de La Matanza, que aporta un valioso material documental en apoyo de esta hipótesis.

El acta de bautismo de Perón data del 14 de enero de 1898. En la ceremonia celebrada en la parroquia de Lobos, en la que no estuvo presente su padre, fue bautizado como Juan Domingo Sosa, hijo natural de Juana Sosa.

### *Nuestros paisanos, los indios*

El futuro líder de los trabajadores pasó su infancia como miles de chicos del campo, montando a caballo y compartiendo el mate, las anécdotas y las fascinantes historias de aparecidos y luces malas con los peones. Su abuelo había recibido de su amigo, el doctor Eulogio del Mármol, el cráneo del famoso gaucho Juan Moreira<sup>[3]</sup>, ultimado por el soldado Andrés Chirino el 30 de abril de 1874 contra los tapiales del boliche «La Estrella» en Lobos<sup>[4]</sup>. Cuentan que Juancito asustaba a una de las mucamas corriéndola por la casa portando la célebre calavera que sería donada finalmente al Museo de Luján. Su primer amigo fue el domador Sixto «el Chino» Magallanes, quien lo inició en el arte de montar y en la pasión por los caballos y los perros, que lo acompañaría para siempre. Para fines de siglo, la situación económica de los Perón se volvió difícil y don Mario decidió probar suerte en la Patagonia. Firmó un contrato con la empresa Maupas Hermanos, una administradora de estancias ovejeras, y hacia allí marchó en avanzada con sus peones; él, en barco y sus empleados, en arreo a caballo, recorrieron 2000 kilómetros hasta llegar a la tierra prometida: una estancia al noroeste de Río Gallegos, Santa Cruz. Doña Juana y los chicos se quedaron en Lobos esperando la llamada de Mario, que llegaría un año más tarde. La estancia patagónica implicó un mundo lleno de aventuras para los hermanos Pe-

rón. Allí Juancito, cuando tenía ocho años, recibió el primer regalo de su padre: una carabina 22 con la que el pequeño aprendió a cazar. Aquellas expediciones en compañía de su padre y su hermano fueron el primer contacto con un paisaje que años después describiría minuciosamente en su libro *Toponimia patagónica de etimología araucana*.

Muchos años más tarde, convertido ya por la vida y la historia en un anciano y exiliado general, recordará:

Siempre recuerdo un caso que quedó grabado en mi pobre imaginación infantil: se trataba de un indio, de los que aún quedaban dispersos y abandonados en la inmensa Patagonia. Un día llegó a mi casa y pidió hablar con mi padre; él lo atendió como a un gran señor. Le habló en su propio idioma y lo recibió con el usual «Marí-marí». Enseguida entraron en confianza. El indio se llamaba Nikol-man, que significa Cóndor Volador. No tenía el indio más que unas pocas pilchas y su caballito tordillo. Presenció la entrevista porque mi padre me hizo quedar, tal vez para darme una lección de humanismo sincero. En esa oportunidad mi padre le dijo que podía instalarse en el campo, y le asignó un potrero donde le construyó una pequeña vivienda como las que usaban entonces los indios, media casa y medio toldo. Le regaló también una puntita de chivas. Cuando le pregunté a qué venía tanta consideración con un indio, me respondió: «¿No has visto la dignidad de este hombre? Es la única herencia que ha recibido de sus mayores. Nosotros los llamamos ahora indios ladrones y nos olvidamos que somos nosotros quienes les hemos robado todo a ellos»<sup>[5]</sup>.

Según Pavón Pereyra, don Mario daría a sus hijos lúcidas lecciones de historia, no exentas de cierta poesía:

«¿Saben por qué en el campo la soledad es más grande que el horizonte? Porque el general Roca asesinó a los únicos seres humanos de esta llanura. Tanto es así que entregaron la vida luchando por su tierra. Los indios pampas, los tehuelches, los pehuenches, fueron masacrados en nombre

de la civilización. Ahora sus hijos son parias del destino. Roca les robó la tierra y la repartió entre sus lugartenientes. Algunos se quedaron con ella, pero la mayoría la vendió a acaudalados porteños. Así nació la oligarquía terrateniente, que sumergió al descendiente del aborigen aún más con el transcurso del tiempo y que limitó posteriormente, el acceso político de la inmigración europea a la propiedad de la tierra. Éste es el origen de la pobreza de la gente», nos decía. «Los pobres de hoy son tratados como extraños, en la tierra que fue de sus antepasados»<sup>[6]</sup>.

### *El frío y el viento eran dos hermanos.*

Si en Lobos la economía familiar no andaba muy bien, en el sur las cosas no mejoraron, con el agravante de que la vida cotidiana se volvía más complicada por un clima hostil y fríos extremos que perjudicaban la salud de los chicos. Todo esto llevó al matrimonio Perón a tomar la decisión de mudarse al clima un tanto más benévolo de Chubut. La imagen y el espacio que ocupaba Doña Juana crece proporcionalmente a las dificultades que tiene que afrontar la familia: «Veíamos en ella al jefe de la casa, pero también al médico, al consejero y al amigo de todos los que tenían alguna necesidad»<sup>[7]</sup>, recordará años más tarde el único argentino que llegó tres veces a la presidencia de la República. Doña Juana tenía un especial don para las curaciones domésticas, que la llevaría a ejercer de comadrona, con el pequeño Juan Domingo como asistente. También le gustaba acompañar a sus hijos y a su compañero, montada a caballo, cuando salían de cacería. Mario era un hombre duro, al que no le temblaba la mano si había que «disciplinar» a los chicos y no le hacía asco al rebenque.

### *Para servir a la patria*

Juancito se trasladó a Buenos Aires y se instaló en la casa de la abuela paterna, Dominga Dutey, para estudiar en la escuela ubicada en la calle San Martín 548 y luego en el Colegio Internacional Politécnico de Olivos. No era lo que se dice un buen alumno, pero sí un gran apasionado por todos los deportes. Perón recordaba:

A los diez años yo no pensaba como un niño sino casi como un hombre. En Buenos Aires me manejé solo y las faldas de mi madre o de mi abuela no me atraían como a otros chicos de mi edad. Pretendía ser un hombre y procedía como tal. Es lógico que a más de dos mil kilómetros de mi casa tenía muchas oportunidades de probarme<sup>[8]</sup>.

Cuando cumplió los 15, comenzó a estudiar las materias para ingresar en la Facultad de Medicina. Parecía dispuesto a seguir la tradición familiar y los deseos de su padre. Pero muy pronto, influido por varios compañeros de la secundaria, rindió y aprobó el examen de ingreso al Colegio Militar. Por ser quinto en el orden de mérito, consiguió una beca de apoyo económico. Para 1911 el muchacho ya era un flamante cadete que iniciaba una carrera que nadie podía imaginar hasta dónde llegaría. La vida militar no le trajo al joven Perón mayores dificultades. Era un muchacho saludable, curtido, que había enfrentado los climas patagónicos y había sobrellevado sin problemas el estar lejos de su familia. Era buen jinete y estaba acostumbrado al uso de las armas, el esfuerzo físico y las incomodidades de la vida al «aire libre». La eterna hipótesis de un potencial conflicto armado con Chile había dotado al Ejército Argentino de cierto dogma ofensivo, acorde al que impulsaba la escuela prusiana que formaría en diversas materias a aquellas camadas de cadetes. Uno de los oficiales más influyentes en la formación de Perón fue el general Colmar von der Goltz, autor de *La Nación en armas* (1883), que difundía la teoría del general y teórico prusiano Karl von Clausewitz (1780-1831).

A los tres tomos de su obra *De la guerra*, Clausewitz sostenía que los enfrentamientos entre seres humanos eran inevitables, por lo cual las naciones debían permanecer en pie de guerra, ya que, según entendía, «la guerra no es otra cosa que una prolongación de la política».

### *La biblioteca del oficial*

Perón se recibió de subteniente de infantería el 13 de diciembre de 1913. Su padre le regaló como tributo de graduación tres libros que lo marcarían para siempre: *Vidas paralelas*, de Plutarco; *Martín Fierro*, de José Hernández y *Cartas de Lord Chesterfield* a su hijo Philip Stanhope. En *Vidas paralelas*, Plutarco (46-125 de nuestra era) recorre con un innegable afán didáctico y ejemplar la vida de los más célebres personajes de la cultura y la política de Grecia y Roma. Se trata de una serie de biografías comparadas, como las de Teseo y Rómulo, los míticos fundadores de Atenas y Roma; los generales conquistadores Alejandro y César y los oradores Demóstenes y Cicerón, entre otros. El libro influyó notablemente en el pensamiento occidental, le sirvió de base a Shakespeare para escribir sus célebres Julio César y Antonio y Cleopatra, y era uno de los preferidos de Napoleón y San Martín.

La influencia del *Martín Fierro* en Perón será enorme. Fuente permanente de citas para sus escritos y discursos, le gustaba recitar frente a sus visitantes varios de sus octosílabos de memoria. Dirá en una ocasión:

José Hernández cantó las necesidades del pueblo que vive adherido a la tierra. Todavía no se ha cumplido para el pueblo argentino la invocación de grandeza y de justicia que el *Martín Fierro* enseña. Nosotros hemos de tomar de él ese ideal ya cantado para llevarlo paulatinamente a la ejecución<sup>[9]</sup>...

Pero de los tres libros recibidos de su padre, Perón destacaba siempre el de Philip Dormer Stanhope (1694-1773). Más conocido como Lord Chesterfield, había sido educado en francés y en inglés, fue camarero del Príncipe de Gales (el futuro Jorge II), estudió en Cambridge y viajó por gran parte Europa. Con sólo 21 años llegó a ser miembro de la Cámara de los Comunes y en 1728 fue designado embajador en La Haya. Allí tuvo un cálido e «incorrecto» romance con Elizabeth Du Bouchet, fruto del cual nació su hijo Philip, a quien Lord Chesterfield destinará a partir de 1737 más de 400 cartas. El libro se ubica en las antípodas del Emilio de Rousseau<sup>[10]</sup>, que reivindicaba la espontaneidad en la educación del «buen salvaje». Lord Chesterfield confía en los valores tradicionales y propicia una educación dirigida hasta en los más mínimos detalles. Es un libro absolutamente pragmático, en el que el autor se ocupa obsesivamente de que su hijo vea al mundo y a los hombres como son y no como deberían ser. He aquí algunos de los consejos de Lord Chesterfield que, según el propio Perón, tanto influirán en su formación política:

Solamente los locos intentan lo imposible; pero si algo es posible, siempre existe una manera de conseguirlo. Si un método fracasa, prueba otro. La gente odia a quien le hace sentir su propia inferioridad. Nunca parezcas más sabio que la gente que está contigo. Guarda tu conocimiento como un reloj de bolsillo y mantenlo escondido. No lo saques para contar las horas, pero da la hora cuando te la pregunten. La cultura se adquiere leyendo libros; pero el conocimiento del mundo, que es mucho más necesario, sólo se alcanza leyendo a los hombres y estudiando las diversas ediciones que de ellos existen. La ciencia es para nosotros en la vejez un cómodo refugio; pero si no la plantamos de jóvenes, no nos dará sombra cuando seamos viejos. Lo único que deseo para mi entierro es no ser enterrado vivo. Si te propones mandar algún día con dignidad, debes aprender a servir con diligencia. La profundidad de los políticos rara vez

pasa de la superficie. Habla con tus inferiores sin insolencia. Pese a que estés seguro, muéstrate dudoso<sup>[11]</sup>.

### *Atravesado por la realidad*

El flamante oficial Perón cumplió sus primeros cinco años de servicio en el Regimiento 12 de Infantería de Línea, con asiento en Paraná. Los informes sobre su aptitud física lo califican de «muy bueno» y como un «oficial de porvenir». En 1914, su pasión por el boxeo lo llevó a fundar el *Boxing Club* de Paraná. De aquellos años formativos contará Perón:

Fue mi primer contacto con una realidad humana que contemplé con preocupación no exenta de emoción. Allí vi por primera vez, ya a conciencia, las miserias fisiológicas y sociales. En un país con 50 millones de vacas, más del 30% de los conscriptos era rechazado del servicio por debilidad constitucional, y los que se incorporaban venían semidesnudos, como provenientes de la mayor miseria<sup>[12]</sup>.

El 2 de abril de 1916, en las primeras elecciones sin fraude de la historia argentina, Perón estrenó su libreta de enrolamiento votando, como muchos compatriotas, por Hipólito Yrigoyen. Dos años más tarde integró varias comisiones militares enviadas a reprimir las huelgas y conflictos sociales en la zona de La Forestal<sup>[13]</sup>. Allí pudo ver la miseria y la explotación en su punto más alto y la rapiña de la compañía británica que deforestaba impunemente amplias zonas de nuestro territorio, derribando miles y miles de monumentales y añosos quebrachos sin plantar un solo árbol. La Forestal, que monopolizaba la extracción y comercialización del tanino —muy demandado entonces por las industrias químicas y del cuero— llegaba a cortarles el agua y el

suministro de comida a las familias obreras. Seguramente con otra visión de los hechos que la que tenía mientras transcurrían, dirá Perón años más tarde:

Si yo hubiera sido uno de esos obreros y me cortan el agua, los víveres y cuanto resulta indispensable para la subsistencia de mi familia y de mis compañeros, no hubiera aguantado tanto tiempo como los trabajadores de Villa Guillermina. Hubiese asaltado el almacén y hecho funcionar el agua por mi cuenta. Yo sabía perfectamente cuál era la misión del ejército en ese trance y la cumplí cabalmente. Más aún: tenía en cuenta las utilidades escalofrantes que estos monopolios británicos se llevaban del país todos los años, a costa de las privaciones y sufrimientos de sus obreros ¡y nosotros no podíamos estar de parte de los monopolios que saqueaban al país<sup>[14]</sup>!

Pero en otro texto Perón completa el panorama. Cuenta que un ejecutivo de La Forestal

insinuó que la empresa podía mostrarse más generosa si no hubiera tantos anarquistas infiltrados entre los peones. Les pregunté si tenían pruebas... y me mostraron unas fichas de la policía de la provincia. Les ofrecí un trato. Ellos aceptaban todas las demandas de los obreros, que me parecían legítimas, y el ejército se ocupaba de los ácratas [...]. Empeñaron su palabra de honor en respetar el arreglo, por lo menos en Tartagal<sup>[15]</sup>...

En noviembre de 1918, mientras se produce el desenlace de la Primera Guerra Mundial, escribe a sus padres una curiosa carta. En ella recoge la visión revisionista de la historia argentina, que estaba en las antípodas de la recibida en el Colegio Militar, donde había tenido como profesor nada menos que a Ricardo Levene, el pope de la historia liberal argentina: